

rechos que estas instituciones venerables tienen aun á los homenajes de la sociedad.

Hai mas todavía, ¡triste es decirlo, pero ya no nos es posible engañarnos! la humanidad entera ha recibido en los últimos tiempos una herida profunda y mortal con el indiferentismo religioso y el abandono casi absoluto del espiritualismo. Insensiblemente una especie de gangrena inmoral va corrompiendo por todas partes el mundo de la inteligencia, el sistema de los sentimientos y el cuadro de las costumbres. La impiedad filosófica, derrotada mil veces en el campo de la controversia, del criterio y de la metafísica, se ha venido á refugiar á una hipócrita inercia, á un artificioso desden, que están revelando al mismo tiempo su antigua impotencia, sus presentes designios y sus conquistas futuras. Sustituyendo con los goces el sacrificio, con el egoismo la abnegacion, con la utilidad la justicia, con el interes la virtud, con la materia el espíritu, con lo presente el porvenir, y con el tiempo la eternidad; relegando á la region de los ocios y de los fútiles entretenimientos las graves cuestiones que nacen de las muchas relaciones existentes entre Dios y toda la naturaleza humana, asiéndose otra vez del racionalismo con sus locas pretensiones contra la autoridad de los dogmas, y llamándose tolerante para encubrir sus odios contra el poder de las tradiciones antiguas y la irresistible fuerza de la moral religiosa; todo lo ha invadido, todo lo ha transformado: medita la obra de una reaccion universal, y tiende á darla su plenitud y última consumacion relegando á Dios del cuadro de la naturaleza, al espíritu de los objetos de la razon, á la religion del código de la moral, del sistema de la política, de los principios de las leyes, de las máximas de la con-

ducta, y á la sancion eterna de la lei divina de entre los diques opuestos á los avances del crimen, los nobles estímulos presentados á la conducta del individuo y á las virtudes sociales.

¿Dónde están pues las esperanzas de la humanidad? ¿Dónde los últimos antídotos para salvar este moribundo inmenso? ¿Dónde las garantías de nuestras esperanzas, para ver sin estremecernos esas eras de trastorno y de luto que se apresuran á llegar? Yo bien sé, católicos, que nunca seria tan grande el trastorno de las ideas y de las máximas, nunca tan absoluta la depravacion de los sentimientos, que dejasen de conservarse aún en el centro mismo de la sociedad mas corrompida ciertos restos de inteligencia y de moral. Pero, ¿qué son estos recursos contra un mal tan inmenso? ¿Qué son los esfuerzos limitados del individualismo contra ese torrente indómito que se desborda sobre todo el género humano? ¿Faltaban por ventura almas bien nacidas y mejor conservadas cuando el mundo fué calificado por el Profeta como un cadáver sentado á las sombras de la muerte, para manifestar que no podria salvarse sino bajo el impulso regenerador y salvador de la Cruz? Pues bien, hermanos míos, estas santas y antiguas instituciones del cristianismo, estos coros de vírgenes, estas habitadoras del desierto, que viven en el mundo sin pertenecer á él, que son vistas del mundo al través de un velo trasparente á par que impenetrable; estas almas queridas del Señor, que le saludan con el gorgo de las aves al anunciarse la aurora, que se le inmolan todos los dias sin omitir ningun género de sacrificio, que interrumpen con sus lámparas encendidas las tinieblas de la noche, para que no falten alabanzas al Criador ni aun durante el tiempo

consagrado al reposo de la naturaleza; estas familias de Jesucristo, que se ocupan exclusivamente en lo único necesario, mientras casi toda Babilonia está gastando sus fuerzas en todo lo superfluo, que no pueden considerar ni el fenómeno mas indiferente sin sentir la presencia del Dios vivo, mientras el mundo todo parece desdenarse hasta de pronunciar su nombre: estas esposas de los cantares, que cultivan con esmerada solicitud, como la flor que nace y vive retirada entre los abandonados desiertos, la mas bella de todas las virtudes, mientras allá en el siglo empieza por marchitarse y acaba consumiéndose entre las primeras respiraciones de la juventud: estas vírgenes prudentes que no queriendo saber sino á Jesucristo crucificado, atesoran la ciencia de los santos, la ciencia del espíritu, la ciencia de Dios, lo que es y lo que será, el principio y el fin, en sus mentes humildes y recogidas: he aquí, cirtianos, lo único que puede alentarnos en medio del desconsuelo general que causa en el alma la consideracion de un mundo sentado por segunda vez, como decia el Profeta, en las tinieblas y á las sombras de la muerte.

Cediendo, Señores, al grande y tierno interes que me inspira una de las mas augustas y bellas instituciones del cristianismo, no ménos que el acto solemne que acabamos de presenciar en la sagrada inmolacion de esta vírgen, he dado tal vez á mi discurso una latitud mayor que la que podia prescribirme la sobriedad oratoria. No me pesa, los grandes asuntos de la moral, á par que los objetos sublimes del culto católico, atraen sin esfuerzo y fijan sin violencia el entendimiento y el corazon. Por otra parte, nuestro siglo nos excusa bastante á los ministros del santuario de esa especie

de nimiedad con que insistimos en llamar la atencion sobre ciertos puntos de la moral cristiana.

Una profesion religiosa, es el magnífico y santo resumen de cuanto pertenece á lo último y mas exquisito de la perfeccion evangélica, es un objeto noble y augusto en sí mismo, excelente á los ojos de Dios, singularmente grato para el corazon de la vírgen que profesa, altamente instructivo y moral para todos aquellos que viven de la fe. A los ojos de Dios es el estado mas excelente por la universalidad del sacrificio, la exclusiva consagracion del alma y la pureza de la víctima. Es preferible bajo todos aspectos para el alma que ha sido privilegiada con la vocacion religiosa, por los obstáculos que remueve, por las gracias que atrae, por las virtudes que forma y por los gozos espirituales en que inunda. Reune, por último, títulos incontestables á la veneracion y al tierno y santo interes de la sociedad misma, por los ejemplos que le suministra, por los desengaños que le produce y por los auxilios que le imparte.

¡Cuánta razon tenia pues Jesucristo en aplaudir santamente la situacion de María, que recogiendo á sus divinos piés sus potencias y sus sentidos, estaba absorta y estática en las altas contemplaciones de su lei, de sus perfecciones, de su doctrina, de sus promesas y de su amor! ¡Felices mil veces estas almas que habiendo acertado á comprender y á sentir por experiencia propia cuán dulce y suave es el Señor para los que le consagran sin reserva su corazon, han venido desde la primavera de la vida á incorporarse en el número de sus mas íntimos y fieles servidores! A ellas ha sido reservado conocer de una manera mas visible el reino del Señor, ellas tienen el privilegio de las íntimas revelaciones prometidas á los

pequeños por la Verdad misma en recompensa de su docilidad y de su fe.

Alegraos pues en el Señor, hermana mia, en el Señor que da gloria á su nombre multiplicando con sus gracias en la tierra los adoradores en espíritu y en verdad. Ábrense á vuestros piés en la nueva carrera que vais á seguir los misteriosos caminos de la Ciudad Santa, y si vuestra vida ha de correr entre las austeridades, si vuestro carácter espiritual ha de ser la abnegacion, si vuestra libertad misma no se hará sentir jamas sino en la dichosa condicion de una obediencia sin reserva; andaréis tambien por una carrera de triunfos, las altas virtudes religiosas serán la huella de vuestro tránsito por este valle de tribulacion; y al declinar el dia de la existencia, allá cuando las sombras de la noche empiecen á apiñarse sobre vuestro último lecho, cuando el ángel del Señor toque ya vuestros párpados con la caña de oro, cuando comiencen á resonar por todos los ángulos de vuestra celda los graves y solemnes acentos de la Iglesia para despedir á vuestra alma de este mundo; entónces, no viendo en él cosa ninguna que os atraiga, sentiréis, hermana mia, inundada vuestra alma con una suave y deliciosa luz, que dejándoos columbrar los eternos muros de la Jerusalem invisible, os transporte y arrebate anticipándoos en cierto modo, aun ántes de haber dejado absolutamente las miserables riberas del tiempo, los goces puros é inefables de una eternidad venturosa.—AMEN.



ORACION FÚNEBRE

DEL ILLMO. SR.

D. JUAN CAYETANO PORTUGAL

DIGNÍSIMO OBISPO

DE

MICHOACAN,

PREDICADA

en la Santa Yglesia Catedral de Morelia el 12 de Noviembre de 1850,

por

EL LIC. CLEMENTE MUNGUA

*Canónigo de la misma Santa Yglesia,
Provisor y Vicario Capitular del Obis-
pado.*



MORELIA: 1850.

IMPRENTA DE IGNACIO ARANGO,
CALLE DEL VETERANO NÚM. 6.